

Monseñor Romero, auténtico mártir*

Ricardo Urioste

Resumen

Según el Apocalipsis, los mártires —como Jesús— son los “testigos fieles” y “degollados a causa de la palabra de Dios”. Testigos que deberán “esperar a que se complete el número de hermanos que habrán de morir como ellos...”

Ahora se les ha unido Monseñor Romero, llenando todos los requisitos de un verdadero mártir, a saber: su absoluto era Dios, por este Dios descubrió progresivamente el rostro del pueblo atribulado, y se consagró a su defensa, proféticamente, así se configuró según el ideal cristiano: según la figura de Jesús, dispuesto siempre a entregar la vida en fuerza de su fe.

Quiero decirles, en primer lugar, que me es fácil y al mismo tiempo me cuesta hablar sobre Monseñor Romero. Me es fácil porque, al igual que todos ustedes, lo conocí, lo traté y pude descubrir la profundidad enorme de su vida, de su interioridad, de su espíritu de unión con Dios, raíz de toda su existencia. No solamente desde su arzobispado sino desde estudiante, de sacerdote joven, de su ministerio posterior. Por eso me resulta fácil: porque, sobre todo en los últimos tres años, como arzobispo, lo vi más de cerca. Me resulta difícil porque siempre me conmueve: ¿Por qué ese gran hombre, ese gran sacerdote, ese gran obispo terminó como terminó? Por la ignominia, por la injusticia y por el odio de este país que no se

detiene ante nada, ni siquiera ante el altar...

El Apocalipsis, el libro de los mártires

Nosotros tenemos las homilías de Monseñor Romero grabadas y publicadas. En el próximo mes de marzo, en su décimo aniversario, se va a dar a la publicidad el diario que él grababa todas las noches. Pero, además, conservamos un tesoro muy grande: los apuntes de sus ejercicios espirituales, donde él abría su alma a Dios, ante sí mismo, ante los acontecimientos... Pues bien, en uno de estos cuadernos hay una frase que dice: “Cenaré con él”; frase, como ustedes saben, tomada del Apocalipsis (Ap. 3,20), el libro de los

* Conferencia pronunciada por el autor en el curso sobre el martirio, en la Universidad Centroamericana José Simeón Cañas, en enero de 1990.

mártires.

El Apocalipsis, creo yo, es el libro del Nuevo Testamento que habla sobre los mártires y sobre el martirio. Desde luego que los evangelios hablan de la figura de Jesús como aquél que da y entrega su vida; y es el prototipo del mártir: el que es entregado, el que es acusado y el que es llamado subversivo (recuerden a San Juan). En los evangelios aparecen claramente expresadas dos clases de acusaciones contra Jesús. Una acusación de orden religioso: que estaba diciendo que El era Dios; y otra de orden político: que estaba subvirtiendo al pueblo. Cuando el sumo sacerdote dice: "es preferible que muera uno y que no desaparezca la nación entera, porque los romanos vendrán y tomarán la ciudad" estaba haciendo una interpretación totalmente política de la actividad de Jesús. O sea, que la acusación de ser políticos es tan vieja como el cristianismo y tan antigua como Cristo. No tiene nada de extraño, y ésta fue una de las acusaciones que igualmente hicieron todo el tiempo contra Monseñor Romero.

El Apocalipsis, pues, es ese libro de los mártires, del martirio en la Iglesia. San Pablo había dicho ya en la Carta a los Hebreos "sin derramamiento de sangre no hay redención" y Juan, en el Apocalipsis, como que va a compactar todo el pensamiento de la Iglesia de ese tiempo acerca del martirio, al escribir desde la isla de Patmos, donde está desterrado por su fe, probablemente en tiempos de Domiciano; pero haciendo referencia también a las persecuciones de Nerón, y destina el libro del Apocalipsis a alentar y afianzar el ánimo de los cristianos perseguidos.

Empieza con algo interesante, dice que Jesús es el "testigo fiel". Esto es el mártir: el testigo fiel. Como saben, la palabra testigo, en griego, se dice "mártir", y donde sale "sean mis testigos" dice "sean mis mártires", en griego. Posteriormente la palabra "mártir" se empieza a aplicar a aquéllos que por ser testigos fieles dan su sangre por Cristo y por la fe. Así, Jesús es el testigo fiel y de ahí copian todos aquéllos que fueron capaces de ser testigos fieles. Podría decir que la muerte no es un hecho biológico: la muerte del cristiano es un hecho teológico y de esa forma debemos verla. Y de esta forma la vio Monseñor Romero, y todos

aquéllos que fueron capaces de dar en su vida un testimonio, es decir, de ser testigos fieles de Cristo, testigos fieles de la verdad. Esto aparece meridianamente en Monseñor.

"¿Hasta cuándo... pedirás cuentas por nuestra sangre?"

Pero quisiera referirme a algunos pasajes del Apocalipsis para que vean ustedes cómo San Juan concibe a los mártires. Dice él, por ejemplo, en el capítulo seis a partir del versículo nueve (recuerden que el Apocalipsis tiene un lenguaje difícil de entender, pero de todas formas claro, hasta cierto punto): "Cuando abrió el quinto sello divisé bajo el altar de los sacrificios las almas de los que fueron degollados a causa de la palabra de Dios, por haberla proclamado". Es decir, ésta es una definición de mártir que hace San Juan en el Apocalipsis. Al imperio no le interesaba si estaban defendiendo la divinidad de Cristo o si creían que Jesús era verdadero Dios y verdadero hombre; le importaba que no estaban adorando a los ídolos, que estaban subvirtiendo el imperio y que estaban socavando sus bases. Pero en la interpretación de San Juan, el mártir es aquel "que es degollado a causa de la palabra de Dios por haberla proclamado".

En segundo lugar, San Juan hace que estos mártires lancen una protesta ante Dios mismo: "Dominador santo y justo, ¿hasta cuándo estarás sin hacer justicia y pedir cuentas por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?" (v. 10). Es como si nos dirigiéramos a Dios en este momento, después de tanta sangre; no de tanta sangre, sino de tantos torrentes de sangre. Setenta mil asesinados..., y, como si no hubiera pasado nada, seguimos adelante en este país demócrata, cristiano y de todo, que ha matado a ¡diecisiete sacerdotes y a cuatro religiosas, incluido un arzobispo!

Hablan de otros países que dicen que no son demócratas ni son cristianos, aquí mismo en Centroamérica. Ahí no han matado a ningún sacerdote, no han matado religiosas. Y uno se pregunta: bueno, ese país ¿cómo es marxista y no hace estas cosas? Y nosotros, que somos cristianos y demócratas, hacemos esas cosas, y seguimos adelante tan demócratas y tan cristianos. Uno se

queda, pues, perplejo. No nos sorprenda por qué San Juan pone a estos mártires diciendo a Dios: "Dominator santo y justo ¿hasta cuándo estarás sin hacer justicia y pedir cuenta por nuestra sangre a los habitantes de la tierra?"

Y una tercera cosa. ¿Cuál es la respuesta de Dios para aquéllos que han tenido la suerte de ser mártires y para nosotros en relación al testimonio de fe? "Les dieron a cada uno un vestido blanco, diciéndoles que esperaran todavía un poco hasta que se completara el número de sus hermanos y compañeros de servicio que deben ser muertos como ellos". Es decir, San Juan prevé que todavía va a seguir la persecución, pero que hay que continuar dando ese testimonio necesario, porque para el cristiano la muerte debe ser una vocación.

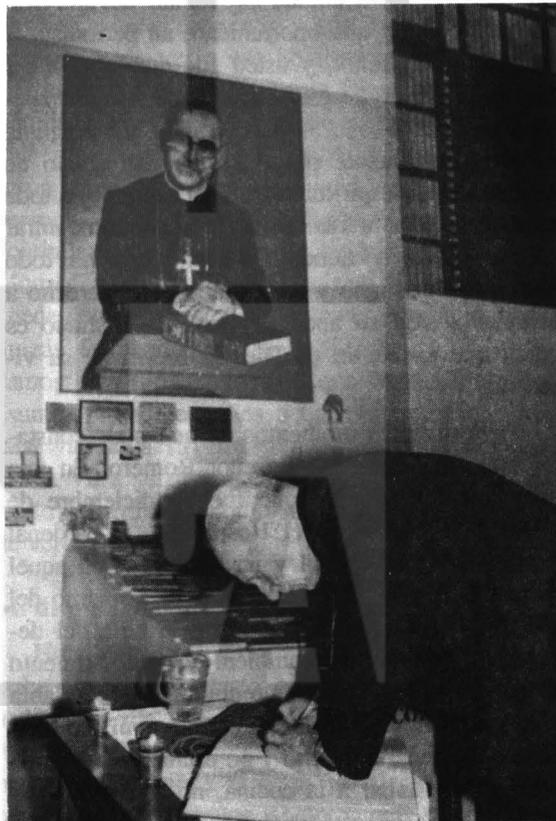
Así como la muerte no es fenómeno biológico, sino un fenómeno teológico, así para el cristiano que da y quiere darse en testimonio verdadero, la muerte es una vocación, es un llamado que debemos de contemplar de esa manera. Pero una cosa tengamos clara: el martirio no se busca, lo que se debe buscar es una vida de testimonio. ¡Eso es lo que se debe buscar!

El capítulo tres, versículo veinte, contiene la frase que —según les comentaba— escribió Monseñor Romero en su cuaderno: "... y cenaré con El". Y esto es lo último que voy a leer del Apocalipsis. Estos versículos, que son el diecinueve y el veinte, dicen lo siguiente: "¡Vamos, ánimo y conviértete. Mira que estoy a la puerta y llamo; si alguien escucha mi voz y me abre, entraré y cenaré con El: Yo con él y él conmigo". Esas fueron las palabras que encontramos en el apunte de ejercicios espirituales de Monseñor Romero: "Y cenaré con él". Y alguien comentó con mucha lucidez diciendo que la muerte de Monseñor ocurrió a las 6:25 de la tarde, más o menos la hora de la cena. Se cumplió lo que él había escrito. Llegó al cielo a la hora de la cena y entró con el Señor en ese momento.

Dios, raíz y cumbre en la vida del mártir y los demás...

Por otro lado debemos tener bien claros los criterios para decir: aquí realmente hay un mártir.

Esos criterios, entiendo yo, requieren tres o cuatro elementos: (1) Dios está de por medio como raíz y cumbre de la vida de esa persona; (2) además de estar Dios involucrado como raíz y fuente, esa persona a quien calificamos de mártir, debe haber estado referida también a otras personas. No es una verticalidad la que existe en el que ha descubierto a Dios, una verticalidad entre Dios y el hombre; es decir, no se habrá pasado cantando aleluyas toda la vida, y de ese modo ha descubierto a Dios. Al mismo tiempo ha descubierto a otras personas. Este es un elemento absolutamente necesario. (3) En tercer lugar, diría yo, la entrega de la vida al ideal cristiano —no a ningún otro ideal—: "a mí, cristiano, no me hace falta ninguna otra cosa; me sobra y me basta con mi ideal cristiano, con la figura de Jesús y con aquéllos que fueron capaces de seguirlo debidamente; y para mí eso tiene una gran fuerza y solidez. Entonces, el tercer elemento sería la entrega de la vida al ideal cristiano, o sea, su vida giró alrededor de un ideal que Cristo presenta y le presentó. (4) Y el cuarto,



la aceptación de la muerte desde la fe.

Ahora tenemos que considerar que el cristianismo es una continuidad de unidades. Esas cuatro unidades que he mencionado van juntas y hacen necesariamente un todo único. Son, pues, cuatro los elementos. Y, en primer lugar, alguien para quien Dios es su raíz y su fuente. Yo citaba, ante un grupo de religiosas unas palabras: "lo que el árbol tiene de florido es lo que tiene enterrado en la tierra". En tanto está florido, en cuanto sus raíces están bien profundas y bien cimentadas. Y esto fue Monseñor Romero: alguien que floreció porque sus raíces estaban bien cimentadas y metidas en Dios. Para él era el absoluto. El infinito que es Dios, lo hacía infinito en su propia vida y trataba de entregarlo y de comunicarlo a los demás.

Cuando a mí me han preguntado qué me impresionaba más de Monseñor Romero, siempre he respondido que su poder de encuentro con Dios; su poder de enraizar totalmente su vida en Dios. Su fuerza y su vitalidad provenían de allí. Recuerden que, en una oportunidad, un periodista le preguntó: Monseñor, y usted ¿de dónde saca esa fuerza, esa energía, esa vitalidad para seguir adelante a pesar de todo? Y él respondió: me pregunta muy oportunamente porque estoy regresando de mis ejercicios espirituales; allí encuentro yo toda la energía y la fuerza. Otros la pueden encontrar en otro lado, y tienen derecho, pues no todo hombre es cristiano y cada quien tiene derecho a abanicarse con su abanico. Pero, el cristiano es aquel que encuentra en Dios la fuerza de su vitalidad.

Tuve diversos momentos en que pude constatar esta fidelidad de Monseñor Romero. En una oportunidad (recuerdo que fue en diciembre de 1979) lo visitaban en el Hospitalito, el cardenal Lordscheider del Brasil y un hombre —en aquel momento perteneciente a la junta de gobierno del año 1979. Estaban los dos allí a la hora del desayuno, y estaba yo también. En un momento Monseñor se levantó de la reunión y se fue. Sabía que lo habían llegado a ver a él y no a mí. Lo fui a buscar a su apartamentito y no estaba; a la sala de visitas, no estaba; a la cocina, no estaba; al jar-

dincito que había allí, tampoco... De repente, al final de todo, se me ocurrió entrar a la capilla, y Monseñor Romero se hallaba de rodillas en la capilla donde el Santísimo estaba expuesto. Y le dije: Monseñor, la gente le está esperando. Dijo él: está bien, que esperen.

Siempre he pensado una cosa: Monseñor Romero no dijo jamás nada, ni hizo nunca nada que no hubiera consultado con Dios. Por eso estaba seguro de todo lo que decía. No le importaba lo que dijeran: las acusaciones, las amenazas... Estaba cierto, seguro y convencido de lo que decía porque lo había dialogado con Dios.

Ese es el hombre que había descubierto que la raíz de su existencia, de su ser como persona, de su ser como sacerdote, como obispo, como arzobispo, estaba bien enraizado en Dios. Podría contar cómo, una vez que fuimos a Roma juntos, en cuanto llegamos, después de toda la noche de viaje, me invitó a ir a San Pedro, a la Basílica. Al fondo, como saben, está el altar de la confesión, supuestamente sobre la tumba de San Pedro. En cuanto entramos, él se arrodilló allí, y se puso a hacer una oración muy notoria, y yo, naturalmente, también me arrodillé con él; pero a los diez minutos me levanté, mientras Monseñor siguió como veinte minutos más arrodillado, así como absorto, como metido en lo que estaba haciendo. Cuando a mí me preguntan, entonces, cuál era la característica que más admiraba, yo he contestado siempre: su santidad de vida sacerdotal, su unión con Dios, su vida interior y su espíritu, porque de allí arrancaba todo lo demás que él era. A mí, ese hombre y una clase de hombre así, me convence; alguien así, me arrastra: ¡no sólo son sus palabras, sino su vida misma la que da ese testimonio!

Eso lo encontramos, repito, en sus cuadernos espirituales, en la fidelidad a su vida espiritual. No sé cuándo hicieron ustedes su última confesión; pero él se confesaba cada semana: buscaba dirección y orientación para su vida. Sentía el misterio..., como todos los hombres santos que han sentido el misterio de ser pecador, el misterio de la libertad que es capaz de decir sí y no, y la humildad de buscar a Dios pacientemente. Esto es algo que aparece tan raro... Por eso pudo ser el

Monseñor Romero floreció porque sus raíces estaban bien cimentadas y metidas en Dios.

profeta que Monseñor Romero fue.

Profeta, conservador de los grandes valores

Quisiera decirles que los profetas no son innovadores y Monseñor Romero no fue un innovador. Los profetas atienden a lo perenne, a lo eterno acomodado a las circunstancias. Hablan siempre de Dios, de las circunstancias, de los hombres, del respeto a la vida; y eso es más viejo que la primera página de la Biblia. El profeta no es innovador. En cierto sentido podemos decir que es el gran conservador: el que quiere conservar los grandes valores que Dios ha dado a la humanidad. Y no habla cosa que a mí me hiciera pensar tanto en la injusticia de la gente o en su estupidez como cuando decían que Monseñor Romero se metía en política, porque denunciaba que habían torturado a no sé cuántos, que habían masacrado a no sé cuántos y que habían tirado al río a quién sabe cuántos más. Eso no es meterse en política, eso es hablar del quinto mandamiento —no matarás— obligación de todo profeta y de todo sacerdote y de todo obispo en todas partes. Reconocemos a un profeta en que es fiel a Dios y dice: si Dios me pide esto, voy a realizarlo. Otros decimos: quién sabe, es peligroso, hay que ser prudente. Hablamos mucho de la virtud de la prudencia y no hablamos de la templanza, la justicia, la fortaleza, que también son virtudes. El profeta es un imprudente porque Dios fue un imprudente, porque Cristo fue un imprudente. Si no hubiera dicho las cosas que dijo, no lo hubieran crucificado. Por tanto, aquél que es capaz de seguir los lineamientos del gran profeta que es Cristo, es capaz también de ser el gran conservador de los valores que Dios ha dado a la humanidad. Por eso defiende la vida, por eso denuncia lo mal hecho y por eso es capaz de anunciar con toda propiedad el reino de Dios.

El profeta, entonces, está totalmente enraizado en Dios y si no, es un falso profeta; y, si no, es un perro mudo, como llama la Biblia a aquéllos que, debiendo hablar, no hablan. Pero él, Monseñor Romero, como profeta, fue capaz de devolver a la

palabra —en este país— su razón de ser. Porque resucitó la verdad, porque hizo que la verdad se oyera: y tal fue la causa de su muerte. No pudieron tolerar la verdad que él proclamaba. Y la verdad en países como el nuestro, va a traer siempre consecuencias de esa naturaleza.

En segundo lugar, la absolutización de Dios nos lleva claramente a las otras personas y a las situaciones que las otras personas están pasando. Acuérdense de San Marcos, cuando Jesús cura a un ciego y le pregunta si ve, el ciego contesta: veo a los hombres como árboles. No los distingue bien. Si nosotros no somos capaces de ver a los hombres en su situación, los estamos viendo como árboles. Y la gente padece, sufre, aguanta hambre, aguanta represión, aguanta mil cosas; pero son árboles, son cosas. Hemos cosificado al hombre, hemos cosificado a la persona humana. El profeta es aquél que es capaz de derivar su absolutización de Dios hacia el encuentro y búsqueda también del hombre, y de ver a ese hombre en su situación. Por eso, un creyente de fe en Dios y de fe en el hombre hace de su existencia misma un signo. Es una característica del profeta: su misma existencia es un signo. Vive los valores del reino en su vida personal, en su vida comunitaria. Y es aquél que continúa en su fe a pesar de las incomprendiones. Monseñor Romero llegó a decir un día: aunque me quede solo, voy a seguir adelante. Porque muchos quizás lo abandonamos, lo juzgamos, lo criticamos; nos dio miedo o lo que fuera. Entonces, asumió íntimamente los acontecimientos que estaba viendo a su alrededor, y no pudo dejarlos pasar. Va a sufrir con eso, como sufrió Jeremías, como sufrió Isaías, como sufren todos los profetas de verdad.

Mi disposición debe ser dar la vida por Dios

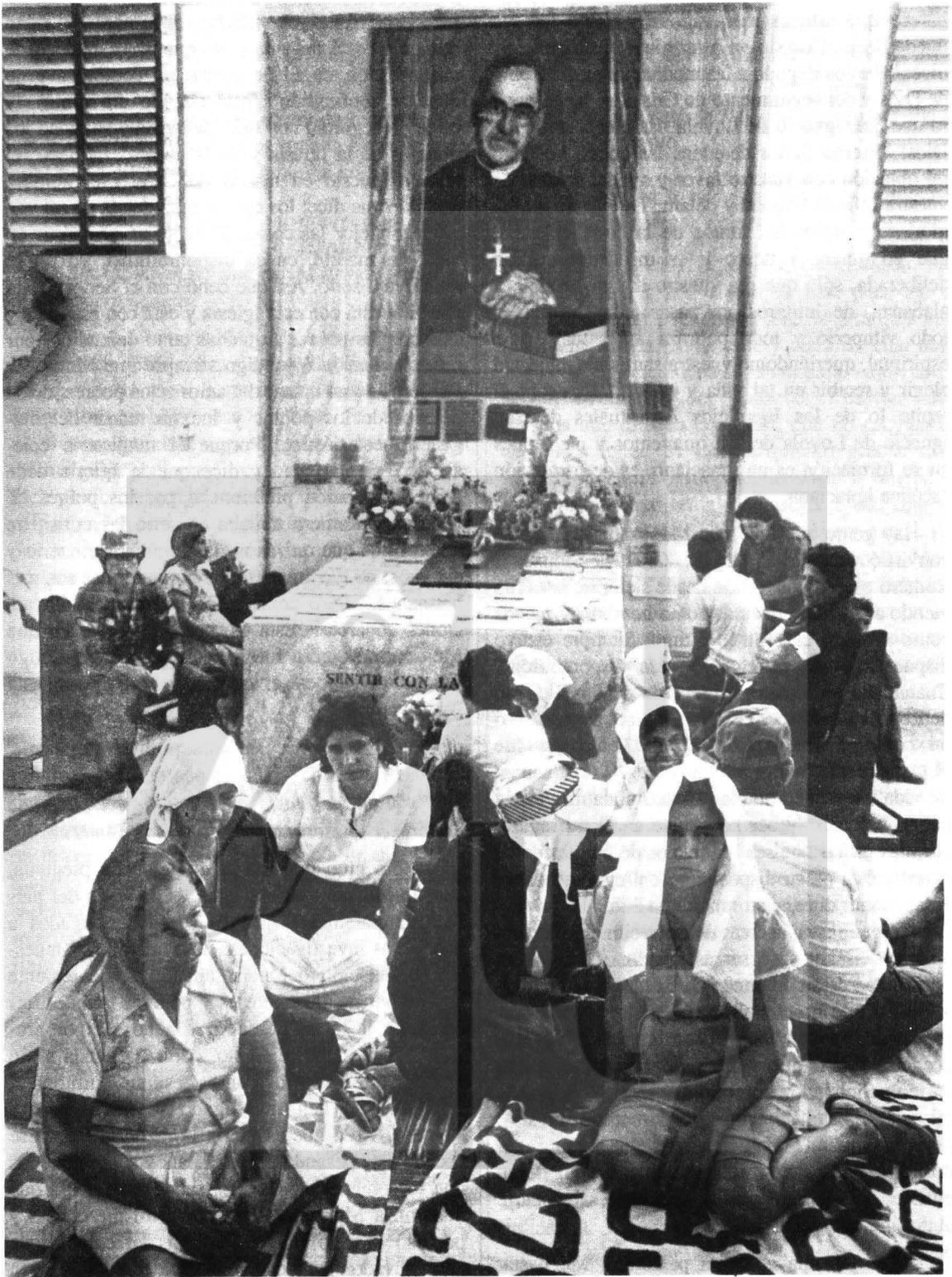
Hubo un escritor, Papini, italiano que al escribir una vida de Cristo, se convirtió. Papini llegó a decir un día: América Latina no ha producido nada, ni siquiera herejías. Y yo digo ahora: este pequeño país tiene el gran privilegio de haber producido a Monseñor Romero, que siendo pro-

feta, no es reconocido en su casa, pero sí fuera de ella. Y uno se queda pasmado de las celebraciones que hacen de Monseñor Romero en Alemania, Inglaterra, Francia, Bélgica, Estados Unidos, Canadá. Nosotros todavía andamos con miedo de tener una estampa de él en la casa, de tener un libro suyo. El profeta no es reconocido en su propia tierra...

No quiero terminar sin leerles y comentarles algo escrito por él mismo en sus últimos ejercicios espirituales. Murió el 24 de marzo de 1980. El 25 de febrero empezó en los Planes de Renderos sus últimos ejercicios espirituales. Y éste... (y a mí me da temblor al tocarlo) y éste es su libro último de ejercicios espirituales, y ésta es su letra, entre todo, lo grande que tenemos de él. Y en él escribió sobre su muerte, sobre su martirio —digamos así. En esta página que tengo aquí dice, por ejemplo: "Siento miedo a la violencia en mi persona. Se me ha advertido de serias amenazas para esta semana". Es decir, él sintió miedo, como Jesús en Getsemaní. Los escrituristas dicen que ésta fue la pasión más fuerte de Jesús; no fue tahto la cruz, sino el momento de Getsemaní, donde ve claramente todo lo que le va a pasar. Y Monseñor Romero, un mes antes ya está cierto de lo que le va a pasar; está convencido de que lo van a matar; sin embargo, escribe esto con honestidad, con modestia, con humildad. "Siento miedo a la violencia en mi persona. Temo por la debilidad de mi carne, pero pido al Señor que me dé serenidad y perseverancia". Es decir, él no está dispuesto a retroceder de ningún modo aunque lo vayan a matar. Le ofrecieron irse del país, le ofrecieron no sé cuántos puestos en cuántas partes, y dijo él "yo aquí me voy a quedar". Y exterioriza en sus propios apuntes espirituales el miedo al martirio que ve inminente. Luego viene otra página en que habla también de lo mismo. Fíjense, sin embargo, cómo conjuga dos cosas. En la misma página dice: "Vino el P. Azcue y me confesé". El P. Azcue fue su último director espiritual a quien consultaba y a quien fue a visitar para confesarse el mismo día que murió. El P. Azcue nos contó cómo le había dicho: "quiero sentirme limpio delante de Dios". El testigo fiel quiere sentirse siempre limpio delante de Dios y, por supuesto, también delante de

los demás". En esta página se acusa de no ser tan cuidadoso "con mis confesiones, con mi vida espiritual". Y va a hacer su plan de vida. En algunos planes de vida que tiene dice: "levantarme a la media noche para orar; tarde de disciplina", es decir, castigarse físicamente; "ayunar los viernes", en fin, cositas de esas que ni ustedes ni yo hacemos, pero para él fueron vitales porque lo forjaron, y forjan a cualquier persona que va descubriendo a Dios y va encontrándose más con sus hermanos.

En esta misma página dice: "Mi otro temor es acerca de los riesgos de mi vida"; y fíjense lo que dice a continuación: "me cuesta aceptar una muerte violenta". El temía, él sabía, él preveía: "Me cuesta aceptar una muerte violenta que en estas circunstancias es muy posible. Incluso el nuncio de Costa Rica me avisó de peligros inminentes para esta semana" (estamos en la semana del 25 al 28 de febrero). Continúa: "Mi disposición", fíjense en la categoría del mártir, la categoría de aquél que, como decía en la tercera nota, ha aceptado el ideal cristiano y es capaz de ofrendar su vida desde la fe. "Mi disposición debe ser dar mi vida por Dios, cualquiera que sea el fin de mi vida". Esto no le importa: él se va a morir dentro de quince días. "Cualquiera que sea el fin de mi vida". Las circunstancias desconocidas se vivirán con la gracia de Dios. Y luego hace una referencia a los mártires: "El (Dios) asistió a los mártires y si es necesario, lo sentiré muy cerca al entregarle mi último suspiro". ¿No son éstas las palabras y el escrito de un hombre santo, a quien tanto denigraron, a quien tanto destruyeron, a quien un ignorante con una bala de cuarenta pesos llegó a matar? Pero fíjense lo que dice a continuación, después de "... lo sentiré muy cerca al entregarle mi último suspiro": "pero más valioso..." (y aquí está a lo que nos referíamos: el martirio no se busca, la vida de testimonio es la que hay que buscar) "...pero más valioso que el momento de morir es entregarle toda la vida y vivir para él y para mi misión". No está pensando en hacerse mártir; no, él dice: lo que yo quiero es vivir para aquello que debo realizar. Y en unos minutos más les voy a leer rápidamente lo que él está diciendo acerca del martirio; porque me



parece que esto es más valioso y no lo que yo pueda decir. Cuando va a terminar sus ejercicios, dice: "Hemos llegado a las meditaciones del Reino de Dios y del seguimiento de Cristo" y luego pone lo que San Ignacio de Loyola usa como entrega a Dios: "Eterno Señor de todas las cosas, yo hago mi oblación con vuestro favor y ayuda, delante de vuestra infinita bondad y delante de vuestra madre gloriosa y todos los santos de la corte celestial, que yo quiero y deseo y es mi determinación deliberada, sólo que sea vuestro mayor servicio y alabanza, de imitaros, en pasar todas injurias y todo vituperio y toda pobreza así actual como espiritual, queriéndome vuestra santísima majestad elegir y recibir en tal vida y estado." Es decir, él repite lo de los Ejercicios Espirituales de San Ignacio de Loyola de mil quinientos y pico, pues en su formación es un ignaciano, es de formación ascética ignaciana.

Hay gente que dice que Monseñor Romero se convirtió cuando lo del P. Grande. Monseñor Romero estuvo convertido desde siempre, pero fue viendo a los hombres más como hombres y menos como árboles; eso fue lo último. Siempre estuvo dispuesto a esa entrega y a esa disponibilidad. Cuando ha terminado el ofertorio de San Ignacio de Loyola va a hacer el suyo propio, "así concreto mi consagración al Corazón de Jesús que fue siempre fuente de inspiración y alegría cristiana de mi vida", (va con su vida primero: toda mi vida la pongo bajo él) "y acepto con fe en él mi muerte por más difícil que sea" (a menos de un mes de su muerte, ésta es su disposición: entregarle toda su vida, cuanto dure, y su muerte, si él así lo quiere). Pero oigan esto acerca del ofrecimiento de su muerte días antes de ser asesinado: ¿cómo ve la posibilidad de su muerte? ¿Qué destino quiere darle? ¿Por qué quiere ofrecerla? Esto es más sorprendente todavía: "acepto con fe en él mi muerte por más difícil que sea", y continúa, "ni quiero darle una intención como lo quisiera por la paz de mi país y por el florecimiento de nuestra Iglesia". ¿Por qué razón? Una vez más, el hombre enraizado en Dios hasta el momento mismo de su muerte: "porque el corazón de Cristo sabrá darle el destino que quiera".

Luego termina con esta palabras: "Me basta,

para estar feliz y confiado, saber con seguridad que en El está mi vida y mi muerte. Y a pesar de mis pecados, en El he puesto mi confianza y no quedaré confundido" (está citando un salmo) "y otros proseguirán con más sabiduría y santidad los trabajos de la Iglesia y de la patria". Es decir, el hombre puesto en manos de Dios y el hombre humilde que dice: los que vengan detrás de mí van a hacer mejor las cosas. Si él no es un mártir en vida, en muerte, en su disponibilidad, yo no sé quién va a serlo. Así que cenó con el Señor y está con El y está con esta Iglesia y está con este país y está con los pobres a quienes tanto defendió y por quienes murió. Y yo digo siempre que Monseñor Romero fue un mártir del amor a los pobres, de su defensa de los pobres y fue un mártir del magisterio eclesiástico. Porque el magisterio eclesiástico es clarísimo y dice que la Iglesia debe tener una opción preferencial por los pobres. Y Monseñor Romero tomaba en serio las cosas; no como otros que quizás no las tomamos en serio y decimos: no, yo amo a todos porque todos son mis hermanos... Pero amar a los pobres necesita acciones concretas. Esta es, pues, la forma en que Monseñor Romero fue gran cristiano: ese testigo fiel, ese obispo, ese arzobispo, ese mártir para esta Iglesia nuestra.

Preguntas y respuestas

P. ¿Por qué hasta ahora no se ha intentado esclarecer el asesinato de Monseñor Romero?

R. Yo creo que esa es muy buena pregunta, pero quizás para otras gentes... Las leyes del país indican claramente quiénes son los obligados a hacer esas investigaciones. Esto mismo nos muestra la situación del país: cuando aparentemente hay de por medio intereses y poderes grandes, las cosas no llegan a descubrirse a no ser por presiones fuertes, por ejemplo, cortar la ayuda si no se descubre lo de los padres jesuitas... Entonces, ¿por qué no han investigado lo de Monseñor Romero? Creo que esa sería la razón grande. Ese pecado está pesando sobre el país y sobre aquéllos que lo cometieron. Ustedes saben que el día que mataron a Monseñor Romero (a mí me consta y por eso lo digo) hicieron fiestas en colonias de San Salvador para celebrarlo. No creo que haya

El profeta es un imprudente, porque Dios fue un imprudente, porque Cristo fue un imprudente. Si no hubiera dicho las cosas que dijo no lo hubieran crucificado.

sido en las zonas marginales donde hicieron fiestas, ¿verdad? Por tanto, subsistiendo estos poderes es muy difícil, creo yo, llegar a una investigación.

P. ¿Por qué la Iglesia salvadoreña, o sea, la jerarquía va a canonizar a Monseñor Romero hasta ahora, mientras que en los demás países ya lo consideran santo?

R. Bueno, lamentablemente todavía no lo van a canonizar. Esas cosas siempre tardan bastante, y eso que en el caso de un mártir, como fue Monseñor Romero, el proceso es mucho más fácil. Hay un proceso que debe seguirse para la canonización de cualquier persona. El caso de un mártir es más fácil porque no exige una serie de milagros que se exigen en los otros casos. Creo que van a esperar a que nos muramos todos nosotros para canonizarlo, porque siempre habrá quienes digan que por qué lo han canonizado.

P. ¿Qué nos puede decir sobre las amenazas que recibió Monseñor Romero?

R. El recibió, desde luego, varias y diversas amenazas de diferentes maneras, aun de carácter público: los campos pagados en esos días eran prácticamente unas amenazas, pero también hubo amenazas más claras. Prefiero referirme al hecho de la convicción cierta que él tenía de que iban a matarlo. Cuando un obispo muere, un grupo de sacerdotes es el encargado de elegir al sucesor interino mientras Roma nombra al sucesor definitivo (lo que se llama el administrador diocesano). Pues bien, él había dicho que quería que se agregaran tres sacerdotes más para formar parte de ese grupo. Y recuerdo que en el Hospitalito, en una reunión, quizás diez o doce días antes que lo mataran, dijo: "¿Ya hicieron el decreto de la inclusión de esos dos o tres para firmarlo?" Los que estábamos allí le dijimos: "Monseñor, no se ha hecho". Se puso de pie y dijo: "Hagan eso y háganlo pronto", porque tenía que estar hecho para que ese grupo tuviera la facultad jurídica y canónica para poder hacer la elección de aquél que

lo continuara. Estaba cierto, convencido, de que lo iban a matar pronto.

P. ¿Cómo ha tomado la Iglesia jerárquica el martirio de Monseñor Romero?

R. En la Iglesia jerárquica, como saben, hay una gran variedad. No sólo en este país. No sé dónde existe un país donde toda la jerarquía esté totalmente unida, consciente y clara de cuál debe ser su papel y cuál deba ser su misión. Aquí, como saben, en tiempo de Monseñor Romero hubo obispos que estaban contra él, que no estaban de acuerdo con él. Si un sufrimiento grande tuvo Monseñor Romero fue ése, le costaba mucho el momento en que tenía que asistir a ese tipo de reuniones. Pero sí sé que el arzobispo Mons. Rivera está claro con relación al martirio de Monseñor Romero. Más aún, encargó a un sacerdote joven que estaba estudiando en Roma que se quedara seis meses más para conocer un poco más cómo se hacen los procesos de beatificación y de canonización para que él fuera el encargado de promover este proceso. Eso en cuanto a martirio y canonización. En cuanto a que si todos son como Monseñor Romero, pues no, ¿verdad? No todos somos como Monseñor Romero. Cuando a mí me preguntan si los obispos han seguido la línea de Monseñor Romero. No, no la han seguido; los profetas no salen en serie, ¿verdad? Los profetas son un don de Dios. Es un privilegio, es un regalo que se le da a un lugar, a una nación eventualmente, pero no vienen uno detrás de otro. De hecho, en la Biblia, ¿cuántos profetas tenemos? Tenemos los doce profetas mayores, y los que llamamos menores: dieciséis en todos esos siglos. Entonces, no creo que vayamos a tener la dicha, el privilegio, el gozo de que viene Monseñor Romero y después viene otro que es igual o mejor que él. No es posible, ¿verdad?. Pero, honestamente, admiro mucho al arzobispo Rivera. No sé quién de ustedes, después que mataron a los jesuitas, el día jueves en la mañana, se hubiera atrevido a declarar lo que Monseñor Rivera. El

domingo, él estaba diciendo: "fue la Fuerza Armada". El domingo, ¡tres días después! Creo que para eso se requiere un poco de valentía en este país. O sea, bendito sea Dios, dichosamente tenemos un arzobispo como él, y Monseñor Rosa Chávez que también, creo yo, ciertamente ha tenido

actitudes muy valientes y muy fuertes. Lamentablemente no se puede decir lo mismo de todos los otros obispos. No se puede decir. Ni de todos los sacerdotes, ni de todas las monjas, ni de todos los laicos.

